

La transmisión de un estilo

Gustavo A. Zapata Machín

Licenciado en Psicología (Universidad Católica Andrés Bello). Docente en el Hospital Psiquiátrico de Caracas. Docente en el Centro de Investigación y Docencia en Psicoanálisis de Caracas, adscrito a la Nueva Escuela Lacaniana de Caracas, al Institut du ChampFreudienne y a la Universidad Popular Jacques Lacan, en Parisiografía

Agradezco mucho la oportunidad que me han dado para testimoniar ante ustedes las resonancias y los efectos que ha tenido en mi vida la experiencia de lo que llamaré la transmisión de un estilo. A las autoridades de la UCAB y de la Escuela de Psicología, y en especial a Kaira Gámez, quien accedió amablemente a leer estas líneas por mí dado que no me fue posible estar allí con ustedes para conversar, como era mi deseo, por compromisos ineludibles adquiridos con anterioridad.

Poco más de tres años después de la visita de Jacques Lacan a Caracas, entraba yo en la recta final de mi carrera. Venía del cuarto año, que era el primer contacto con la psicología como profesión. Había conocido y estaba por conocer a dos personajes cuya relación con el saber marcarían para siempre mi formación. Por un lado, conocí a Ascensión de Arruche, una clínica aguda y extraordinaria que fue mi profesora en Psicopatología y en pruebas proyectivas, con quien tuve una relación intelectual, no exenta de afecto. El estilo preciso, riguroso y elegante de Ascensión para orientarse en el campo sinuoso, intrincado y complejo de la psicopatología, me sedujo. Me parecía fascinante su manera de presentar la materia de la que estaba hecha el inconsciente y su eficacia patógena. Con esta curiosidad en la cabeza y con un cierto grado de escepticismo dado mi interés por el conductismo radical, aunque ya matizado por el trabajo con Ascensión, me dispuse a tratar de fastidiarle la vida a Esther Aznar, quien era la profesora de Psicología Clínica ese año. Allí conocí a Fernando Rísquez, que tenía una aproximación crítica, irreverente e implacable a los sistemas de pensamiento prevalentes en la psicología, y presentaba con entusiasmo una dimensión para mí desconocida del inconsciente freudiano. Y aunque mis intereses de ese momento estaban en otro campo, y la visita de Lacan a Caracas no tenía otro eco para mí más que el de una efeméride lejana y ajena, estaba picado por la curiosidad por esa otra escena de la experiencia humana. Comenzaba así mi recorrido por la psicología clínica y la psicopatología.

Era preparador de estadística deductiva (como seguramente recordará Valeria) y me había orientado hacia el positivismo que, aunque convivía con la corriente humanista y la psicodinámica en relativa paz en la Escuela, tenía este rasgo de un cierto semblante de superioridad insolente que podía ser muy irritante. En la clase de Esther, cuando tocaba abordar el tema de las corrientes en psicología clínica, tuvo la idea de convocar a algunas personas para hablar de las más importantes. Recuerdo específicamente que invitó a Ana Teresa Torres (acá presente), aunque ella era perfectamente capaz de hablar de eso, para hablarnos del psicoanálisis que ella llamó “ortodoxo”. Y resultó que eligió de entre nosotros a mis compañeras Rossana Levy y Laura Moleiro, para hablarnos de lo que ella bautizó como la “escuela francesa”, es decir, el psicoanálisis lacaniano. No puedo recordar ahora el contenido de sus respectivas presentaciones, pero dos cosas atraparon mi atención. La primera fue que me enteraba en ese momento que el psicoanálisis no era la doctrina apolillada y anacrónica que yo creía, ni siquiera era una teoría de la personalidad, era un oficio vivaz, con debates abiertos y actuales. La segunda cosa fue que ambas presentaciones estuvieron marcadas por ese estilo riguroso, preciso y elegante que me había seducido en el trabajo con Ascensión.

Por las prácticas de psicología clínica con Estrella Pinto, comencé a interesarme en leer más acerca de la psicoterapia dinámica, y como todo me remitía a Freud, comencé a leerlo directamente, porque recordé que José Miret insistía siempre en que había que ir directamente a los autores para hacerse un criterio sólido de su obra. Puesto a leer a Freud, descubrí la lógica tras su prosa elegante, y logré hacer una disección parcial de los conceptos que creó, a la manera de los hermanos Miñarro, acuciosos e implacables en la interrogación que hacían de los textos, pero sentí que no fue suficiente.

Al terminar, ingresé al postgrado de psicología clínica del Hospital Militar de Caracas ya mordido por un interés creciente por desentrañar el carácter causal del inconsciente freudiano en el campo de la psicopatología. Atrás quedaba mi relación con el conductismo radical y los atolladeros conceptuales a los que conducía. El contacto con el quehacer del clínico, el trabajo directo con pacientes y con clínicos experimentados y de trayectoria fue alimentando ese interés y abriendo nuevas interrogantes. Estuve alrededor de un año estudiando pacientemente la propuesta del análisis jungiano, en contrapunto con mi experiencia clínica, pero recordar el espíritu crítico del padre Velilla y su método irónico de investigación personal me llevó a cerrar ese capítulo por el callejón sin salida al que me parecía conducían sus teorizaciones.

Por decisión personal decidí buscar un trabajo para complementar mis ingresos y experiencia, y entré en el naciente sistema de comunidades terapéuticas para farmacodependientes del Ministerio de la Juventud. Casualmente caí en un equipo que se estaba formando para abrir una nueva comunidad en Caraballeda, dirigido por Victoria Bigio. Era un equipo de psicólogos y terapeutas que tenían un rasgo común: asistían a los seminarios de la recién fundada Escuela del Campo Freudiano de Caracas. Por sugerencia de Victoria, comencé a asistir a las actividades de la Escuela. Allí comencé a leer a Lacan. La Escuela del Campo Freudiano de Caracas tenía apenas un año de creada oficialmente, y aún resonaba el eco de la visita de Jacques Lacan a Caracas en 1980.

Progresiva e inexorablemente, me fui adentrando en el pensamiento de Lacan y los lacanianos, y eso tuvo dos efectos directos: se esclareció para mí la función del inconsciente en la determinación de los destinos de la vida psíquica de los sujetos, y como consecuencia de eso, se modificó drásticamente mi manera de trabajar y elaborar la clínica. Coherente con esa perspectiva, entré en análisis y comencé a supervisar mi práctica con analistas de la Escuela. Descubrí además que el estilo de Lacan (hijo de católicos, educado por jesuitas) tenía esa precisión, elegancia y rigurosidad que ya había encontrado en mis profesores de esta Escuela, y con el que me sentía tan a gusto.

Ese deseo inicial por desentrañar la naturaleza y la eficacia patógena (y también creativa, como descubrí después) del inconsciente freudiano, surgido al calor de las conversaciones alrededor de ese tema, con una de las pioneras de la psicología clínica en el país, extraordinaria clínico y experta en la teoría y manejo del test de Rorschach, me había conducido primero a buscar en Freud y luego en Lacan, lo que finalmente encontré en mi análisis: el deseo de ser psicoanalista.

Y armado con ese estilo preciso, elegante y riguroso, orientado siempre por el deseo de saber que me fue transmitido por mis profesores en esta Escuela, en esta Universidad, he podido avanzar en mi campo con paso sostenido y firme, cosa por la que no puedo estar sino agradecido.